

David Bidussa,  
*Pensare stanca. Passato, presente e futuro dell'intellettuale*,  
Milán, Giangiacomo Feltrinelli Editore, 2024, 216 páginas

Este último libro del historiador italiano David Bidussa (Livorno, 1955) tiene varios elementos atractivos. En principio, cabría señalar la magnífica intuición, tal vez del autor o del editor, de hacer dialogar el título con un famoso libro de poemas de Cesare Pavese, *Lavorare stanca*, publicado en Florencia en 1936. Y aunque la referencia pavesiana podría *a priori* hacernos creer que se trata literalmente del cansancio producido por el trabajo manual, parece claro que Pavese nos introduce en ese libro en una dimensión del cansancio existencial, del *mestiere di vivere*, y en modo casi autobiográfico, en los tiempos de sus amores fracasados y la nostalgia del cuidado que le otorgaba una infancia ambientada en un mundo rural por cierto mitificado.

*Pensare stanca* recorre una problemática igualmente densa y contradictoria si se piensa en el derrotero secular de una figura social, la del intelectual interesado por las dimensiones colectivas de su acción, de tanto predicamento en la vida política y cultural del siglo pasado. Un cansancio del pensar, entre el compromiso de la acción, la fantasía utópica o democrática, y la desazón por los proyectos fracasados, pero que en Bidussa implica no el rescate analítico de un esteticismo del pensamiento, sino el

señalamiento de aquellas reflexiones que significaron un “estar en las cosas” del presente. La fatiga que resulta del ejercicio crítico, lejos del profetismo ideológico o de la nostalgia del pasado.

Y es en este sentido que la pregunta que organiza este nuevo libro de Bidussa aparece también como un componente altamente necesario, porque en ella se sintetiza uno de los enigmas intelectuales y políticos más sugestivos para el estudioso de la cultura, y para quien cultiva tanto el ejercicio de la producción de ideas como el interés por la intervención en el debate público, en una etapa compleja e incierta del presente global: el interrogante acerca de si hay un futuro para –al decir de Carlos Altamirano– la *tribu inquieta* de los intelectuales, nacida precisamente con la experiencia de la modernidad y animada por sus proyecciones emancipatorias.

Bidussa nos tiene ya acostumbrados a un estilo donde la dimensión biográfica, la crítica historiográfica y la historia de las ideas políticas del siglo xx cobran un peso relevante en la composición del mundo histórico que analiza. Y es que si existe una continuidad en las elecciones del autor a la hora de adoptar a las figuras intelectuales que componen sus referencias y se vuelven casos de estudio, es la opción o la preferencia por los perfiles contradictorios,

individuos cuyas elecciones personales y colocación histórica los hacen deambular por territorios simbólicos diversos y en tensión, no solo por los cambios en la espacialidad que implicaron los diferentes exilios, sino situacionales y filosóficos a la vez, en el límite también entre el espíritu de sacrificio y el martirologio, y fuera de la ortodoxia ideológica más o menos acordada, en este caso, en el *ethos* antifascista dominante durante la entreguerra, donde la U.R.S.S. aparecía como campeona de la democracia. En el fondo, lo que se halla en esta elección es el reconocimiento de un perfil de intelectual sobre todo antitotalitario, no privado de creencias, pero lejos de cualquier catecismo que impida la formulación de las preguntas más incómodas.

En efecto, los intelectuales que estudia Bidussa no son predicadores, ideólogos o agitadores que tienen todas las respuestas preestablecidas independientemente de los problemas, sino sujetos comprometidos con la discusión pública de su tiempo, animados sobre todo por la pretensión de entender y de actuar en la dirección de ese entendimiento. De allí también, que “*la fatica del pensare*” (p. 12) sea para el autor la verdadera condición del trabajo intelectual y, por momentos, la línea de demarcación para

establecer la noción misma de intelectual.

El libro que Bidussa elabora se concibe como el resultado de un programa de investigación sobre la metamorfosis de los intelectuales en un período que discute, en esta dimensión, el corto siglo XX propuesto por Hobsbawm, pues entiende que aún con etapas identificables, las últimas décadas del siglo pasado y las primeras del presente siglo muestran tanto elementos de continuidad, como de transformación respecto del *Novecento*.

En clara sintonía con la composición del mundo histórico muy propia de la historia intelectual y la historia cultural de la política, pero no ajena tampoco al ensayo de interpretación, el autor propone una estructura de capítulos dividida en tres partes y un apéndice, que no escatima en la construcción de definiciones conceptuales, en la identificación de momentos y etapas dominados por elementos clave, y en el registro sutil del pensamiento particular de los intelectuales estudiados, allí donde los fragmentos de una elaboración parecieran iluminar una totalidad sospechada. De este modo, las referencias a autores e ideas son presentadas en su multiplicidad y su diversidad, mientras que los argumentos van recorriendo experiencias individuales y climas culturales, y se apoyan en una biblioteca personal erudita, de lecturas de toda una vida intelectual, que se reconoce en un abanico de reflexiones muy amplio, desde las propuestas del racionalismo cartesiano a la inspiración del pensamiento particular de escritores de Europa del Este

como Milan Kundera y Czesław Miłosz.

En la base de *Pensare stanca*, el influjo inspirador del Todorov de fines de los años ochenta: el interesado por la memoria colectiva; por la individualización de los individuos como sujetos morales capaces de entender con sensatez los límites de la colectividad; por una idea de Europa no resumida en la geopolítica derivada de la segunda posguerra, sino en las tradiciones que alimentaron su desarrollo, desde Persia y el mundo árabe hasta griegos, romanos y celtas. Bidussa rescata este nuevo iluminismo todoroviano atento a una noción de universalidad en algún sentido clásica, para pensar sobre todo los problemas políticos y culturales de los nuevos tiempos europeos, dominados por el *sovranoismo* y el resurgir del nacionalismo.

En este marco organizativo de la argumentación, el autor plantea una conceptualización en la que distingue no solo dos categorías, sino dos momentos bien definidos respecto de ese tipo de intelectual inmerso en las cuestiones del mundo que tanto le interesa. En principio, habla de “*dissidenti impegnati*”, de “*intelletuali infedeli*”, para referirse a aquellas figuras que aun reconociéndose en una precedente condición de militancia y pertenencia en el “*partito politico di massa*”, optarán por un compromiso que se traducirá en un distanciamiento crítico, muchas veces extremo, y que hará que la propia parte política de su adhesión los expulse o los aleje considerándolos incluso como traidores.

La reflexión que desarrollan no se presenta solo como diagnóstico, o elaboración de temas para la acción política deseable de los partidos de las izquierdas políticas, sino también como la propuesta de una agenda que plantea el análisis profundo de las experiencias históricas de un presente convulsionado, de las matrices filosóficas que las animan y de los resultados políticos alcanzados, muchas veces considerados contradictorios. De allí la interrogación que estos autores hicieron sobre la experiencia soviética, sobre la guerra en España, sobre el fascismo, las posibilidades del socialismo y el peligro del totalitarismo.

Los recorridos de Walter Benjamin, Simone Weil y Victor Serge expresan este primer momento del *engagement* disidente que no implicará una pérdida en las creencias, sino la opción por una serie de reflexiones descarnadas que invitarán a encauzarlas en otra clave. De allí que Bidussa también incorpore en este conjunto a otras figuras intelectuales, inquietas, insatisfechas y difíciles de clasificar, como Hannah Arendt, Albert Camus, Ignazio Silone, Nicola Chiaromonte y Furio Jesi, intelectuales que, en los tiempos posteriores a la finalización de la Segunda Guerra Mundial, profundizarán muchos de los pensamientos iconoclastas que ya habían anticipado en otro momento del debate político del antifascismo entre las dos guerras.

El segundo momento, en cambio, está caracterizado por un nuevo tipo de figura que el autor denomina “*intelletuali*

*radicali*”, y se corresponde con una etapa iniciada durante los años sesenta hasta el segundo decenio del presente siglo. Son los tiempos dominados por la crisis de los partidos políticos que actuaban como referencia, el surgimiento de movimientos de contestación y, sobre todo, por la lenta devaluación de la democracia representativa.

Son intelectuales radicales porque más allá de la sólida formación que los caracteriza se proponen –cada uno a su manera– desarrollar una tarea de intervención pública que informa, piensa y denuncia los peligros del tiempo presente. Pero lo hacen no desde la búsqueda de una novedad *per se*, animada por un intento de originalidad, sino más bien desde una ruptura en las formas del decir, en la estructuración mental de lo real, en los modos de pensar, y es allí –de nuevo– donde la pregunta incómoda vuelve a colocarse como principio legitimador de la acción creativa. Para Bidussa, la pretensión de búsqueda de crecimiento cultural colectivo a partir de la proposición de interrogantes no percibidos aún como tales es la marca autoral constitutiva de esta categoría.

No se trata esta vez de ese tipo de intelectual que dirige una crítica a la propia familia de pertenencia política, sino del que introduce el cuestionamiento de las creencias colectivas mismas, de los tópicos culturales compartidos y del funcionamiento complejo de la política global. “*Mettere in guardia*”, dice Bidussa, para formular los nudos y los temas de discusión que el sentido común no alcanza a advertir. En este punto, estos intelectuales

no dirigen su accionar a un interlocutor específico. Sus destinatarios podrían ser los gobernantes, los que pretenden gobernar o cualquier actor político que se presente como portador de una voz en contra del *statu quo*, incluso el sector al que podrían estar más vinculados por tradición ideológica o identidad étnica o cultural. Pero si bien la tarea será la de una cierta vigilancia ética a veces escéptica respecto del presente, ella advierte, sobre todo, “*la non autosufficienza del sapere di cui si è portavoce*” (p. 144), y reniega de la sabiduría propositiva que reduce la comprensión de lo real a unas fórmulas simples.

En este sentido, la tesis de algún modo ideal sobre la defensa de las cuestiones generales en la que pareciera reconocerse el autor se asemeja a lo que observa como elemento definitorio de los intelectuales que rescata de este segundo momento.

En efecto, Bidussa elige a cinco figuras canónicas para ilustrar esta categoría, no exenta –como la de los intelectuales disidentes– de un componente moral en su definición, pues el elemento común que los caracteriza es la portación de una sensibilidad particular, y de una decisión que los lleva a salir de cierta seguridad del saber de cofradía para intervenir desde allí en un espacio público no siempre receptivo a las operaciones de conocimiento complejo ni a la defensa de unos valores no parcializados, sino humanistas y colectivos, atentos a la identificación de la diversidad y a la propuesta de pacificación de las interacciones, más allá de

las identidades propias. Se trata de Edward Said, Susan Sontag, Tony Judt, Zygmunt Bauman y Tzvetan Todorov.

Sin duda, es en esta sección del libro donde la apuesta del autor se hace más evidente, pues el recorrido analítico que va haciendo de las dimensiones más públicas del ideario de estos autores le servirá para componer una reflexión respecto de la pregunta final de si existe hoy un lugar para el intelectual. De Said tomará el humanismo con que interpretó el conflicto palestino-israelí y el problema de la construcción de una opinión pública libre en tiempos de dominio mediático; de Sontag, el tema de la indiferencia y las ausencias temáticas en el recuerdo público, la memoria colectiva y la discusión sobre lo que se decide recordar, y la operación simbólica de obturación o rescate respecto del documento, sobre todo fotográfico, pero aplicable a cualquier registro. Por otra parte, el historiador Tony Judt será rescatado en sus últimas intervenciones antes de su fallecimiento en 2010, en las que, en el marco general del pensamiento liberal clásico de Jeremy Bentham, señalará como positivas ciertas nociones keynesianas, de intervencionismo estatal en algunas funciones económicas, sobre todo para asegurar la cohesión social.

Finalmente, Bauman y Todorov le servirán para pensar ciertos problemas contiguos pero diversos: la relación entre historia, memoria histórica y memoria colectiva. Componentes que, de algún modo, dialogan con el resto de los autores tratados, pues lo que se encuentra en discusión es la

pregunta de cómo arribar a la existencia de una comunidad plural que pueda hacer las cuentas con su historia de violencia estandarizada, y aunque aquí el tema de fondo es el de la historia y memoria del Holocausto, la reflexión sobre la relación entre la “*comunità dei nostri sogni*” (liberal y democrática) y la “*comunità realmente esistenti*” se presenta como inevitable, pues el autor indica que, en tanto resultado histórico problemático, el vínculo fuerte entre el sentido de pertenencia de las comunidades políticas en tiempos de la globalización se traduce en un pacto coercitivo interior; en un retorno a la experiencia de la comunidad cerrada y temerosa; en la potencial fascinación por la idea totalitaria (p. 164 y ss.).

El autor cierra el libro haciendo explícita una reflexión sobre la función de la fatiga del pensar, no sin antes proponer una periodización y un diagnóstico más cercanos para entender el estado de los tiempos actuales. Y allí, para él la caída del muro de Berlín en 1989 da lugar a un conjunto de certezas ilusorias sobre la estabilidad de un mundo postideológico, de democracia triunfante y antitotalitarismo, que, con la violenta represión policial del 20 y 21 de julio de 2001 en Génova, en una masiva

protesta antiglobalización en el marco de una cumbre del G8, y con el ataque a las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001 y sus consecuencias globales, se derrumbaron fácilmente.

Para Bidussa, el resultado fue la construcción de nuevos muros, no solo materiales (como en Gaza o Cisjordania), sino sociales, étnicos y culturales, nuevas divisiones fundadas en la idea de autoprotección y exclusión, una clara retracción de la experiencia democrática, de desencanto respecto de la política y de peligro cesarista.

¿Cómo colocarse en tanto intelectual ante este estado de cosas? Su respuesta es altamente provocadora, si se piensa sobre todo en la comunidad interpretativa en la que el libro tiene su referencia inmediata, es decir, un campo cultural —el italiano— atravesado fuertemente por las tradiciones ideológicas de las izquierdas y las derechas. Lo es también en su dimensión generacional, pues no parece evidente que un libro que plantea las discusiones que propone *Pensare stanca* pudiera haber sido escrito por algún miembro de la generación posterior a la del autor, al menos en el modo vital y descarnado en que las reflexiones son presentadas, como si se tratara de un ajuste

de cuentas con el propio sistema de creencias sin que ellas, por cierto, se expliciten en el texto.

Bidussa propone un posicionamiento intelectual, inspirado en algunas ideas de Amos Oz, que se manifieste en “*il tradimento*” (p. 187), la traición, pero a qué: la traición ante el narcisismo y la omnipotencia del intelectual; la traición a la idea de convertirse en servidores de la gran idea fundamentalista, la traición profunda que implica no hablar más a la cofradía de pertenencia, sino a un campo de referencia que es ahora la comunidad total, pues no se trata de un pasaje al bando otrora antagónico, sino de un esfuerzo deliberado de pensar en clave compleja un diseño de futuro inclusivo, menos multicultural y más intercultural. Es en este sentido que la tarea intelectual cansa, pues el trabajo de razonar con los otros fuera de las convenciones se vuelve el más difícil, pero también el más necesario, si se piensa—como lo sugiere Bidussa— que todavía hay un lugar para la función intelectual.

Ricardo Pasolini  
Universidad Nacional  
del Centro / CONICET